CUADERNOS
historia 16

La revolución mexicana

Vicente González y Pedro A. Vives



55

Entrega n.º 55 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a la revolución mexicana.



Vicente González Loscertales & Pedro A. Vives Azancot

La revolución mexicana

Cuadernos Historia 16 - 055

ePub r1.0

Titivillus 05.02.2022

Título original: *La revolución mexicana*
Vicente González Loscertales & Pedro A. Vives Azancot, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Entrada de Madero en la Ciudad de México, por Leopoldo Méndez.

Indice

La revolución mexicana

Por Vicente González Loscertales

Profesor de Historia de América Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

El primer medio siglo de vida independiente no había traído a México la prosperidad prevista por los padres de la independencia. Guerras civiles, crisis económica, inestabilidad política, malestar social, deudas e intervenciones extranjeras e inseguridad ciudadana habían estado presentes en casi todo momento a lo largo de más de cincuenta años.

El triunfo, en 1867, sobre el imperio de Maximiliano supuso la definitiva implantación del Estado liberal y la llegada al poder de un grupo de hombres con visión nacional del Estado fuertemente cohesionado por las luchas contra los conservadores y el imperio y por una ideología común, el liberalismo.

El restablecimiento de la Constitución de 1857 y la existencia de un líder indiscutido, Benito Juárez, hacían presagiar un período de estabilidad política que llevara consigo la pacificación del país y la necesaria obra de reconstrucción económica. La muerte de Juárez y las divisiones entre sus partidarios favorecieron la dispersión del poder, paralizando la obra emprendida.

La falta de visión nacional fomentaba la aparición de rebeliones regionales. La que lleva al poder en 1876 al héroe de las luchas contra el imperio, coronel Porfirio Díaz, tiene esta impronta.

Instalado en el poder, Díaz continúa en parte la obra de los liberales. Pero, entre el orden y la libertad, opta por aquél y modifica la Constitución, que consagraba el principio de no reelección, para mantenerse al frente del país como dictador desde 1884.

El orden público y el progreso económico serán las metas de su labor, basada en la atracción de inversiones extranjeras y en el desarrollo de las exportaciones agrícolas y mineras. La fórmula da resultados: el país crece.

La población pasa de 9 a 15 millones en treinta años, el crecimiento industrial es del orden del 12 por 100 anual y las exportaciones aumentan entre 1878 y 1911 en un 6 por 100 anual por término medio.

Surge una fuerte inversión de capital nacional en la industria, el 75 por 100 del total invertido en el sector. Las inversiones extranjeras superan los 1.700 millones de dólares, repartidos entre la deuda pública, los ferrocarriles y las minas. Aproximadamente, 680 millones corresponden a las norteamericanas, más de 500 a las inglesas y unos 450 a las francesas. Se aceleró, además, en el período de apogeo la integración de los mercados regionales en un gran mercado nacional. México se

vincula estrechamente al mercado mundial y sus crisis van a repercutir en el país intensamente.

Junto a esta fragilidad ante las crisis, se observa desde 1895 a 1910 una merma de un 17 por 100 en los salarios reales, una disminución de 20.000 puestos de trabajo en el sector textil, desde 1900 a 1910, una subida en los mismos años de los alimentos en un 20 por 100 y un descenso de la producción agrícola en algunos estados norteños como Sonora. Sinaloa y Chihuahua, en un 40 por 100.

Esta crisis de coyuntura explica el papel de estos estados en la revolución. Los desequilibrios llevan consigo grandes costes sociales y un deterioro del nivel de vida de los grupos medios, obreros y campesinos: categorías que conviene explicar.

Los grupos medios, situados entre las masas y la minoría adinerada de grandes propietarios, banqueros, industriales, comerciantes y financieros, muchos de ellos de origen extranjero, ven agravadas sus dificultades. Numéricamente representa la mitad de la población urbana, más de dos millones de personas, atrapadas entre la crisis económica y la incapacidad del sistema para generarles empleo. Para los 15.000 abogados, 5.000 médicos e ingenieros, 4.000 agrónomos, desempleados, y los 12.000 maestros mal pagados, la revolución era una esperanza y entre ellos recluta sus dirigentes.

El joven proletariado mexicano, unos 195.000 obreros y 500.000 artesanos, en 1910, muchos de ellos empleados en empresas extranjeras y concentrados en los centros industriales: México, Monterrey, Puebla o Veracruz, realiza jornadas laborales de doce horas y asiste, desde 1905, al descenso de sus salarios reales, lo que explica huelgas e incidentes como el de los mineros del cobre de Cananea, en 1906.



1 AGUASCALIENTES
2 COLIMA
3 QUERETARO
4 HIDALGO
5 MEXICO
6 MEXICO D.F.
7 MORELOS
8 TLAXCALA
ESTADOS UNIDOS
Dallas
Houston
San Antonio
Ciudad Juárez
Nuevo Laredo
Matamoros
GOLFO DE MEXICO
OCEANO PACIFICO
BAJA CALIFORNIA
BAJA CALIFORNIA SUR
SONORA
CHIHUAHUA
COAHUILA
NUEVO LEON
TAMAULIPAS
SINALOA
DURANGO
ZACATECAS
SAN LUIS DE POTOSI
NAYARIT
JALISCO
GUANAJUATO
MICHOACAN
GUERRERO
PUEBLA
VERACRUZ
OAXACA
TABASCO
CHIAPAS
CAMPECHE
YUCATAN
QUINTANA ROO
HONDURAS BRIT.
GUATEMALA
Ensenada
Hermosillo
Ciudad Obregón
La Paz
Culiacán
Chihuahua
Jiménez
Torreón
Durango
Saltillo
Monterrey
Cd. Victoria
Tampico
S. Luis de Potosí
Aguascalientes
Guanajuato
Tepic
Guadalajara
Morelia
Cd. de México
Pachuca
Chilpancingo
Orizaba
Veracruz
Oaxaca
Villahermosa
Tuxla Gutiérrez
Campeche
Mérida
Chetumal
MEXICO
G. LLORENTE

El número de proletarios es insignificante frente a los once millones de campesinos dirigidos por extranjeros de ideología anarquista. Por su debilidad numérica e ideológica, aceptan la tutela del Estado y se someten a su arbitraje antes de lanzarse por la vía revolucionaria como los miles de rancheros, pequeños propietarios y aparceros.

Estos grupos, en expansión numérica en 1910, ven reducido su acceso al agua a causa del crecimiento de las haciendas, propiedad de algo más de un millar de personas físicas o jurídicas que poseen el 65 por 100 de la tierra cultivable en 1910 y dan trabajo a más de tres millones de peones.

La lucha entre campesinos libres y la hacienda en expansión se encarniza en estados como Morelos, cuna del movimiento zapatista, donde las comunidades ofrecen una feroz resistencia para no perder sus derechos d agua y a los pastos y no acabar convertidos en fuerza de trabajo para la gran agricultura de exportación.

La ley sobre terrenos baldíos de 1894 agrava el problema al favorecer el deslinde de tierras sin propietarios o con títulos de propiedad insuficientes y la acumulación de enormes latifundios por las grandes compañías. El malestar campesino confluye con el de las clases medias y grupos regionales, a los que la camarilla que rodeaba a Díaz, conocida como los *científicos* por el pueblo, relega a la condición de segundones en sus propios estados, por obra y gracia del control del sistema bancario y de su posición privilegiada junto al dictador.

La ausencia de actividad parlamentaria, fruto de la dictadura que impedía a los grupos regionales hacer oír su voz al poder central a través de sus representantes en el Parlamento, les convence de la urgente necesidad de una vuelta al sistema constitucional de 1857. La misma idea prende en los sectores medios urbanos, sin salidas profesionales por el anquilosamiento del Estado porfirista, que se verían favorecidos con la renovación política inherente a la vuelta al sistema constitucional.

Estas dos corrientes de descontento, la formada por pequeños y medianos propietarios, comuneros, acosados por el latifundio capitalista que con sus sistemas de tiendas de raya ataca también al pequeño comercio local, y la de las clases medias, que ven la salida a sus problemas en una reivindicación política, confluyen en 1910 en la lucha contra la dictadura.

Francisco Madero

El dirigente de este movimiento antidictatorial de retorno a la legalidad constitucional es Francisco I. Madero, miembro de una adinerada familia de Coahuila, educado en Francia y Estados Unidos, al que Charles de Cumberland, eminente historiador de la revolución mexicana describe como *una combinación de las fuerzas nuevas de México: el nacionalismo, el humanitarismo, el intelectualismo y el progreso nacional*.

Su carrera política se inicia en 1904 como miembro de una candidatura en elecciones municipales. Funda el Club Democrático Benito Juárez y desempeña pronto un papel principal en la organización de la oposición al régimen. En 1909 publica un libro: *La sucesión presidencial en 1910*, obra de enorme influencia a pesar de la mediocridad de las ideas que expresaba.

Tras crear el *Centro Antirreeleccionista de México* con un grupo de hombres como Filomeno Mata, José Vasconcelos o Luis Cabrera, lanza un *manifiesto* con su pensamiento político: se atribuyen a la dictadura los males del país, la corrupción en la administración de justicia, la situación de inferioridad de los mexicanos frente a los extranjeros, la emigración al exterior de muchos mexicanos, las concesiones abusivas a extranjeros y la destrucción del espíritu público.

La actividad del grupo, desempeñada por figuras representativas de las clases medias, se orienta a reivindicar el principio antirreeleccionista o el sufragio efectivo de palabra en *El antirreeleccionista*, periódico surgido con vistas a unas elecciones en las que triunfa el dictador y su candidato a la vicepresidencia, Ramón Corral.

Acusado de instigación a la rebelión en San Luis Potosí, Madero es detenido. Logra escapar a San Antonio (Tejas), donde hace público su Plan de San Luis, manifiesto político en el que declara nulas las elecciones, denuncia los abusos de la dictadura, se ratifica el principio de No Reelección y tiende una mano a los sectores agrarios descontentos con el régimen porfirista, al declarar sujetas a revisión las disposiciones abusivas sobre terrenos baldíos, que serían restituidos a los campesinos despojados de modo arbitrario.



Porfirio Díaz, en un mural de David Alfaro Siqueiros titulado La revolución contra la dictadura porfiriana *(detalle).*

El Plan fija fecha para que *de las seis de la tarde en adelante, en todas las poblaciones de la República se levanten en armas*. En las ciudades controladas por el ejército y la policía de Porfirio Díaz se practican redadas de maderistas, pero el campo se levanta contra el dictador; según José Vasconcelos, *el campo se movió con lentitud pero con éxito*. Los campesinos y los pequeños propietarios y comerciantes rurales responden a la Llamada.

Grupos de campesinos de Chihuahua, acaudillados por Pascual Orozco. Pancho Villa y Abraham González, entre otros, emprenden la guerra contra la dictadura. En Sonora, el líder fue José María Maytorena: Eulalio y Luis Gutiérrez, en Coahuila: en Baja California, Luis Leyva: en Guerrero, los Figueroa: en Zacatecas, el liberal Luis Moya, y en Morelos, Emiliano Zapata. Todos reconocían como jefe a Francisco Madero, ausente en su exilio tejano, excepto el Partido Liberal de los hermanos Flores Magón.

Entre noviembre de 1910 y mayo de 1911, apenas en medio año, se desploma un régimen que había durado treinta y cuatro. La solidez de la dictadura se había ido erosionando con el paso del tiempo, presa del envejecimiento de sus hombres y de las querellas internas entre el general Bernardo Reyes y sus partidarios y los *científicos*.

La revolución maderista

El poderoso ejército, organizado por Porfirio Díaz (nominalmente 31.000 hombres, en realidad poco más de 14.000, incluidos los rurales), mandado por generales viejos e ineptos en los puntos de mayor responsabilidad y dirigido desde el Palacio Nacional por el dictador, fue victima de las emboscadas de las guerrillas de Orozco, Villa, etcétera, en el Norte, y de Zapata y sus lugartenientes, atraídos a la causa revolucionaria por el articulo 3.º del Plan de San Luis, en el Sur.

La revolución se extendía por Coahuila, Aguascalientes, Tlaxcala y Yucatán, aunque Chihuahua y el norte de Durango seguían siendo el foco más importante, ante la impotencia del Ejército federal y los rurales para someterlos, pues sólo contaban con 50 cartuchos por cabeza y con cuatro generales de División que tenían ochenta y cuatro, ochenta, setenta y nueve y sesenta años.

La incapacidad del Gobierno para someter a los insurrectos hizo perder el temor a los sectores populares. Peones y obreros engrosaban las filas revolucionarias y las poblaciones les daban apoyo e información.

La toma de Ciudad Juárez por las tropas de Orozco y Villa permitió a Madero establecer en ella su gobierno provisional y dio renovado impulso al movimiento. El avance del ejército del Sur hacia la capital y las violentas manifestaciones contra el régimen que aquí se suceden obligaron al dictador a firmar el tratado de Ciudad Juárez (21 mayo de 1911).

El tratado suponía la renuncia y exilio de Díaz, pero también la dimisión de Madero, la formación de un gobierno provisional y la celebración de elecciones, pues

el dirigente revolucionario quería acceder al poder por vía democrática y no deber la magistratura ni a sus jefes militares, ni a los Estados Unidos, cuyas fricciones con Porfirio Díaz dieron libertad de acción a los revolucionarios y presionaron a éste con la amenaza de intervención si no abandonaba el poder.

La presidencia interina, encargada de pacificar el país y convocar elecciones generales, la asumió el ministro de Relaciones Francisco León de la Barra. Debía aplicar amnistía por delitos de sedición y licenciar a las fuerzas revolucionarias, lo que significaba dejar en manos del gobierno derrotado el aparato estatal y suspender las reformas sociales, políticas y económicas del Plan de San Luis. Madero, según Berta Ulloa, quedó atrapado *en las garras del régimen vencido*.

El descontento popular crecía, las tropas revolucionarias se negaban a licenciarse, las huelgas e invasiones de tierras proliferaban. Zapata y los suyos presionaban al gobierno para que llevara a cabo la restitución de tierras prevista en el Plan de San Luis: en caso contrario, no entregarían las armas, como no lo hicieron a pesar del arbitraje de Madero.

Los conflictos entre revolucionarios obligaron a adelantar las elecciones, a las que concurrió Madero, encabezando la lista del recién creado Partido Constitucional Progresista, acompañado de José María Pino Suárez como candidato a la vicepresidencia. Las elecciones del 1 y 15 de octubre les dieron la victoria de manera clara y rotunda.

Cuentan que Porfirio Díaz, al emprender el camino del exilio, comentó al general Huerta, que mandaba la escolta que le conduela: *Madero ha soltado al tigre, veremos si puede controlarlo*. Efectivamente, los diferentes conceptos de la revolución que tenía cada grupo van a entrar en conflicto durante los catorce meses escasos de gobierno de Madero.

La presidencia de Madero

La alianza entre clases medias y campesinos, entre sectores urbanos y rurales, comienza a desmoronarse, mientras pervive el entramado porfirista; los grupos radicales dentro del maderismo, como el Bloque Renovador, de Luis Cabrera y Serapio Rendón, actúan con indisciplina y la oposición destruye proyectos constructivos y propaga rumores catastrofistas.

Entre los grupos reaccionarios que pretenden volver al orden de cosas anterior y los revolucionarios que exigen tierras, justicia y salarios más elevados, Madero debe realizar su programa político y hacer frente a las rebeliones de ambos signos.

El Plan de San Luis preveía la restitución de la tierra a los despojados ilegalmente de ella y el fomento de la pequeña propiedad. Pero también se arbitraron otras medidas, como la asignación de tierras estatales o baldías y la compra a particulares para dotar a los pueblos de tierras comunales y fomentar la pequeña propiedad agraria.

Estas medidas recuperaron 21 millones de hectáreas de terrenos nacionales, pero no satisfacían a los diputados revolucionarios, que presentaron varios proyectos de ley de carácter más radical. Así, los de Luis Cabrera, que proponía expropiar las tierras necesarias para la dotación y reconstrucción de ejidos a los pueblos y favorecer la dotación de latifundios mediante una política fiscal equitativa.

La proliferación de huelgas, sobre todo en los sectores minero y textil, paralizaron en este último d 80 por 100 de las industrias. El Gobierno creó una Oficina de Trabajo que en menos de un año había mediado con éxito en 70 conflictos. La jornada de trabajo fue reducida a diez horas (anteriormente eran doce), dictándose una ley sobre accidentes de trabajo que con los aumentos de sueldo, la ampliación de hospitales gratuitos y los comedores escolares, entre otros adelantos, fueron aportaciones del gobierno de Madero al bienestar social, en un contexto económico no excesivamente deteriorado, con un superávit en la balanza comercial de cien millones de pesos, una mejora en la recaudación y un aumento de los impuestos sobre artículos de lujo o no de primera necesidad.



Emiliano Zapata (San Miguel Anenecuilco, Morelos, 1883-Chinameca, Cuernavaca, 1919). Revolucionario y jefe agrarista mexicano. Hijo de unos humildes campesinos, Zapata inició sus actividades revolucionarias en 1909, armando a 80 hombres que tomaron unas tierras para repartirlas entre los campesinos que las cultivaban.

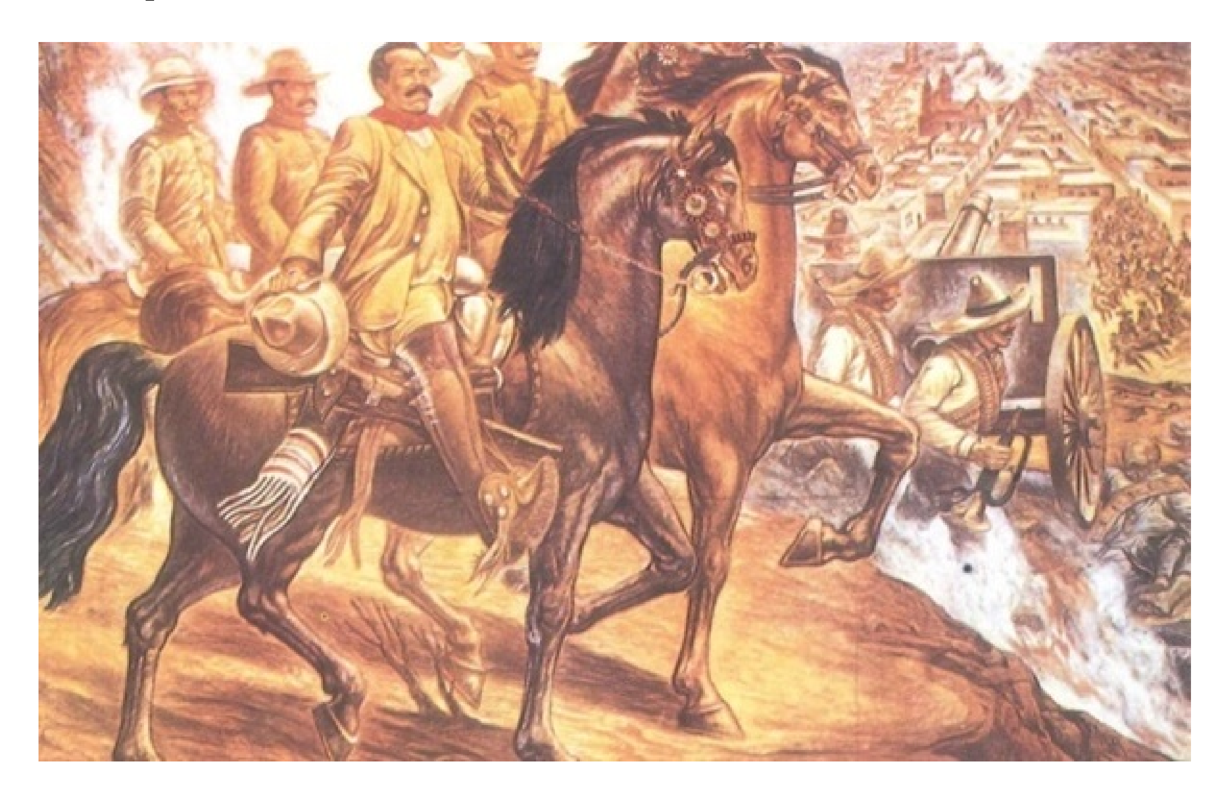
En 1911, Zapata es nombrado jefe supremo del movimiento revolucionario del Sur y jefe maderista de Morelos. Tras los acuerdos de Ciudad Juárez, Zapata licenció a sus hombres a la espera de una solución de los problemas agrarios. Tras los sucesos de Puebla (muerte de 50 maderistas por los federales), Zapata volvería a reorganizar su movimiento armado, que no cesaría hasta la muerte del líder. Mediante el Plan de Ayala, Zapata separaba su movimiento de los restantes programas políticos de la revolución mexicana, agitando la bandera del reparto de tierras como objetivo fundamental de las masas campesinas.

El movimiento zapatista contó con unos 15.000 hombres bien armados, aunque bastante mal entrenados y organizados, que lucharon con una extraordinaria solidaridad bajo el lema Tierra y libertad.

Zapata cayó cosido a balazos en una encerrona en la hacienda de Chinameca llevada a cabo por el coronel Jesús Guajardo con el beneplácito de Carranza.

Zapata y los suyos fueron los primeros en levantarse contra Madero, exigiéndole como condiciones para deponer las armas y disolver sus fuerzas la promulgación de la ley agraria, el retiro de las tropas, el indulto general para todos los insurrectos y la destitución del gobernador del Estado.

Al no aceptar el presidente estas condiciones, se proclamó la rebeldía formal de 25 de noviembre de 1911, en el llamado Plan de Ayala, en el que se desconocía a Madero y se nombraba jefe de la revolución a Pascual Orozco y, en su defecto, a Emiliano Zapata.



Pancho Villa ataca la ciudad de Zacatecas.

Bajo el lema de *Tierra, Libertad, Justicia y Paz*, el Plan, obra del maestro de primaria Otilio Montaño, trata de resolver el problema agrario en sus artículos 6 a 9 por medio de restitución, dotación y nacionalización de tierras, montes y aguas.

La restitución se haría a los pueblos y ciudadanos que tuvieran títulos de propiedad; para la dotación se expropiaría la tercera parte a los monopolizadores, previa indemnización, y se nacionalizarían las propiedades de los enemigos del Plan, destinando dos terceras partes a indemnizaciones de guerra, pensiones a viudas y a huérfanos de la revolución.

Pero la mayor importancia del Plan radica en su capacidad de canalizar las aspiraciones campesinas, no sólo del estado de Morelos, centro del poder zapatista, sino también en San Luis Potosí, con los hermanos Cedillo, y hasta en el lejano Chihuahua.

El enfrentamiento armado comenzó inmediatamente y se extendió desde Morelos a los estados vecinos de Guerrero, Tlaxcala, Puebla, México e incluso el Distrito Federal. Las tropas del gobierno no lograron dominar la insurrección y fracasaron, tanto al aplicar la dureza represiva, lo que hizo el general Huerta, como una política conciliatoria, caso del general Felipe Argeles. Los campesinos siguieron luchando por conquistar sus derechos.

En la misma línea de obligar al gobierno a cumplir los compromisos formulados en el Plan de San Luis, se inserta el levantamiento de Pascual Orozco, jefe del ejército de Chihuahua, dotado de enorme popularidad, que meses antes había conseguido reducir las sublevaciones del general Reyes y la de los hermanos Vázquez Gómez.


Victoriano Huerta.

Orozco, a quien Zapata había ofrecido la jefatura en el Plan de Ayala, se encontraba dividido entre sus sentimientos revolucionarios y su obediencia al presidente. Finalmente, eligió el camino de la rebelión, el 25 de mayo de 1912, con objetivos socialmente revolucionarios, pero financiado, debido a la necesidad, por las familias más destacadas de la oligarquía porfirista de Chihuahua, que pensaban utilizar su triunfo para sus propios fines.

El plan orozquista proclamaba, entre otras cosas, la jornada laboral de diez horas, restricciones al trabajo infantil, mayores salarios, reforma agraria, nacionalización del ferrocarril y el empleo de trabajadores mexicanos, hasta entonces discriminados a favor de los norteamericanos.

Con un gran ejército, Pascual Orozco se dirigió hacia la capital, venciendo al ministro de la Guerra de Madero, José González Palas, que se suicidó al ver a su ejército profesional derrotado por las improvisadas tropas de Orozco. El mando del Ejército federal pasó al general Huertas, cuyo talento militar y la falta de munición de los orozquistas le dieron la victoria.

Al hallarse el régimen debilitado por las constantes rebeliones y la oposición política, un amplio sector de porfiristas creyó encontrar la ocasión propicia para apoyar la quinta rebelión seria contra el presidente Madero. Su caudillo fue esta vez el sobrino de Porfirio Diaz, Félix Diaz, que se levantó en Veracruz el 16 de octubre de 1912.



La junta revolucionaria maderista en Ciudad Juárez, 1911.

El movimiento *felicista*, de orientación claramente contrarrevolucionaria, aglutinaba el descontento de los distintos grupos de partidarios del dictador y constituyó una seria amenaza para el gobierno, al apoderarse del puerto de Veracruz con el apoyo de dos regimientos.

El motivo aducido para la insurrección fue la acusación de haber humillado el presidente el honor del Ejército al dar el mando de las guarniciones más importantes a generales revolucionarios autodidactas, por delante de los mandos de carrera. El levantamiento no fue secundado más que por las tropas de guarnición en Veracruz; el resto del Ejército permaneció leal.

No le fue fácil a Félix Díaz resistir en esas condiciones: se rindió a fines de octubre y poco después pasó ante un tribunal militar que le condenó a muerte. Madero, presionado por el elemento conservador, conmutó la pena por la de prisión, que cumplió en la penitenciaría del Distrito Federal.

El fracaso de Félix Díaz se sumaba al del general Bernardo Reyes, la otra figura de prestigio entre los porfiristas. Reyes, que había proclamado el Plan de la Soledad el 16 de septiembre de 1911, preparó su rebelión desde Tejas, donde fue acusado de violar las leyes norteamericanas sobre neutralidad, y detenido. Su movimiento no fue seguido. Se rindió el 25 de diciembre de 1911 y fue llevado a la capital prisionero.

Tras su derrota, los dos generales se dedicaron a conspirar contra el gobierno que les había perdonado la vida, mientras el gobierno era acosado cada vez más por sus enemigos ideológicos en la Prensa y en el Congreso.

Dificultades con Estados Unidos

Las relaciones de Porfirio Díaz con el poderoso vecino del Norte se habían desarrollado siempre apoyadas en dos premisas: la búsqueda de un buen entendimiento y la imperiosa necesidad de equilibrar su influencia con la de las potencias europeas (Inglaterra, Francia, Alemania) y asiáticas, como Japón.

Esto explica que aunque las inversiones norteamericanas representan casi el 40 por 100 de las inversiones extranjeras, ciertos sectores claves, como el petróleo o algunos ferrocarriles como el de Tehuantepec, fuesen concedidos a compañías europeas, lo que no dejaba de causar roces entre el Gobierno mexicano y el de los Estados Unidos de Norteamérica.

Añádase a esto dos categorías más de problemas, los derivados de contenciosos en la frontera y los producidos por los intereses y propiedades de ciudadanos norteamericanos en México, y tendremos la explicación de casi todos los conflictos que en este período enfrentaron a ambos gobiernos.

La política de Porfirio Díaz de evitar una invasión monopólica de las compañías americanas en México se vio condicionada por el cambio de actitud que después de la guerra hispano-norteamericana de 1898 toma el Gobierno norteamericano frente a la América Central y del Caribe.

La política del *Gran garrote* y las intervenciones norteamericanas en Cuba, Panamá, Puerto Rico y Haití mostraban unas intenciones agresivas que obligaban d Gobierno de México a protegerse frente a ellas. Hay que añadir a esto la transformación operada en la naturaleza de las compañías norteamericanas, que no eran ya las medianas empresas de fin del siglo XIX, sino grandes trusts que, en el avanzar de los Estados Unidos, iban fijándose también objetivos en México.

El temor del dictador era compartido por su camarilla de *científicos*, que, en un esfuerzo por garantizar la independencia económica del país, se volvieron hacia Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón. De todas estas potencias, la única que podía combatir el potencial económico de los Estados Unidos era Inglaterra, que de principal inversionista y socio comercial de México durante la mayor parte del siglo XIX, se había visto desplazada por los Estados Unidos cuando se construyeron los ferrocarriles que enlazaron a los dos países.

El auge del petróleo mexicano reavivó el interés de Inglaterra por ese país. En 1910, una compañía inglesa, el Aguila Oil Company del Pearson Trust, controlaba el 58 por 100 de la producción petrolera mexicana y Díaz decidió convertirla en instrumento para debilitar la influencia norteamericana. Con la creación de Ferrocarriles Nacionales de México, los norteamericanos perdieron su control sobre gran parte de las líneas férreas, pasando éste a México, que privilegió al Pearson Trust (El Aguila Oil Company) con concesiones de terrenos petroleros frente a la norteamericana Standard Oil.

Los grupos norteamericanos no estaban dispuestos a perder su influencia sobre un país que, en 1911, era ya el tercer productor de petróleo del mundo (14.051.643

barriles). Pronto todos ellos estuvieron de acuerdo en que la única salida era un cambio de gobierno en México.

Esto explica los apoyos que Madero recibió en su lucha contra Díaz, probablemente apoyada por la Standard Oil, así como las constantes trabas, advertencias y amenazas que tuvo que sufrir el dictador por parte de los Estados Unidos, como castigo a sus preferencias por los europeos.

El régimen de Madero tuvo en sus relaciones con los norteamericanos dos fases claramente diferenciadas. La primera, en los momentos iniciales, fue de simpatía tanto por parte del gobierno como de las compañías norteamericanas. A partir de 1912, las relaciones se van enfriando hasta convertirse en hostiles en 1913.

Las razones de este cambio no están en que Madero tomara medidas antinorteamericanas en su política financiera o exterior, aunque la burguesía industrial y la clase media que estaban en el poder con Madero, como anteriormente los *científicos*, no se disponían a conceder una ilimitada hegemonía a los Estados Unidos, sino en su política interior.

La libertad sindical, de huelga y de expresión atemorizaron a las compañías norteamericanas, pues se expresaron ideas contrarias a sus intereses y se llevaron a cabo numerosas huelgas. Esto tuvo como consecuencia una campaña de prensa en la que se describía a Madero como incapaz de controlar la anarquía imperante en México y una nueva búsqueda del hombre capaz de enderezar tal estado de cosas.

La antipatía hacia Madero del embajador norteamericano Henry Lane Wilson llevó a éste a apoyar intentos de golpes de Estado, como el que en febrero de 1913, tras la intentona de Félix Díaz, derrocó al presidente.


LA REVOLUCION MEXICANA
Fronteras de los estados
Levantamiento antiporfirista (1910)
Principales batallas
ESTADOS UNIDOS
GOLFO DE MEXICO
OCEANO
PACIFICO
Convención de Ciudad Juárez
(21 de mayo de 1911)
Plan de San Luis (1910)
San Antonio
Columbus
Ciudad Juárez
Agua Prieta
Desembarco norteamericano
(abril de 1914)
Veracruz
Tampico
Monterrey
Durango
San Luis
Aguascalientes
Celaya
México
Puebla
Mérida
Derrota de Zapata
(diciembre de 1918)
Entrada de Obregón
(agosto de 1914)
Entrada de Madero
(6 de nov. de 1911)
Convención de Aguascalientes
(10 octubre de 1914)
BAJA
CALIFORNIA
SONORA
CHIHUAHUA
COHAUILA
NUEVO
LEON
TAMAUPILAS
DURANGO
SINALOA
ZACATECAS
SAN LUIS
DE
POTOSI
NAYARIT
JALISCO
GUANAJUATO
HIDALGO
MEXICO
MICHOACAN
COLIMA
GUERRERO
PUEBLA
VERACRUZ
OAXACA
TABASCO
CHIAPAS
CAMPECHE
YUCATAN
QUINTANA
ROO
BELICE
(Brit.)
GUATEMALA
EL
SALVADOR
HONDURAS
1 Morelos
2 Tlascala
3 Aguascalientes
4 Querétaro

La animadversión de los sectores conservadores y la hostilidad de los Estados Unidos supuso el fin del régimen. El 9 de febrero de 1913, el general Mondragón, porfirista acérrimo, apoyado por varios regimientos de artillería y cadetes del Ejército, liberó de la prisión a los generales Reyes y Félix Diaz, con la idea de derrocar posteriormente al gobierno.

En las primeras escaramuzas cayó el general Reyes y tomó el mando Félix Díaz, que se encerró con sus tropas en el arsenal militar de la Ciudadela. Para someter a los rebeldes, Madero cometió la torpeza de designar al general Victoriano Huerta. Este, de acuerdo con el embajador de los Estados Unidos, Wilson, llevó a cabo crueles bombardeos, no sobre los rebeldes, sino en las casas de los alrededores, causando enorme destrucción y gran número de victimas que sirvieron de pretexto a los embajadores extranjeros, capitaneados por el norteamericano, para presionar de esta forma al Gobierno mexicano.

Diez días, conocidos como la *decena trágica*, duró el bombardeo, hasta que Huerta decidió ponerse abiertamente en contra del gobierno e hizo detener al presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez, así como al hermano del presidente, Gustavo, y a parte del Gabinete.

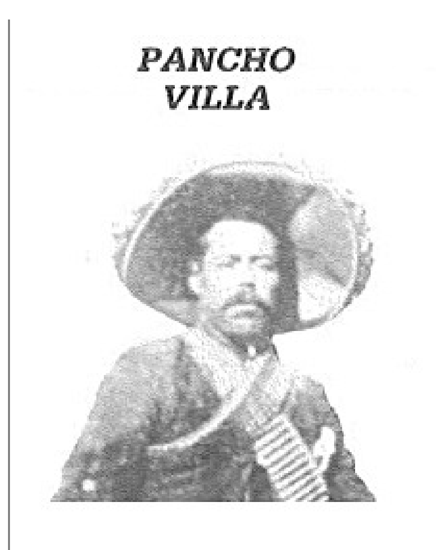
El apoyo de Huerta a los rebeldes se negoció en la embajada norteamericana, donde surgió un acuerdo entre Huerta y Félix Díaz por el que el primero asumiría la presidencia provisional con la bendición de los Estados Unidos para organizar la elección del segundo.

Tras el pacto y la detención de Madero, se obligó a éste y al vicepresidente a renunciar a su cargo, con la promesa de que salvarían sus vidas. El Congreso designó como presidente, según las normas, al siguiente en jerarquía, el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascurain, quien tras jurar el cargo nombró a Huerta secretario de Interior y renunció a continuación.

El Congreso, ante la ausencia de presidente, vicepresidente y secretario de Relaciones Exteriores, se veía obligado a nombrar al ministro de más jerarquía, que no era otro que el flamante ministro del Interior, general Huerta. Tomaba así la jugada un giro legal. El presidente, su hermano Gustavo y el vicepresidente Pino Suárez fueron asesinados cuando eran trasladados a Veracruz.

Estas muertes lanzaron de nuevo a la lucha contra la usurpación huertista a todos los grupos revolucionarios, dando un nuevo giro d proceso de la revolución.

Doroteo Arango Villa, Pancho Villa (San Juan del Río, Durango, 1878-Parral, Chihuahua, 1923). Líder revolucionario mexicano. Huérfano desde muy pequeño, Pancho Villa se dedicó durante más de veinte años al bandolerismo (robos, asaltos, saqueos, cuyos productos distribuía entre los pobres). Esto le valdría el sobrenombre de Amigo de los pobres. *Al iniciarse la revolución, Pancho Villa se pone al lado de Madero, con quien entra en la capital.*



Tras la muerte de Madero, Pancho Villa reúne a 3.000 hombres y expulsa a los federales de Chihuahua, se proclama gobernador militar del Estado, restablece el comercio, funda numerosas escuelas, confisca las tierras de los ricos para repartirlas entre los campesinos… Tras la ruptura con Carranza, Pancho Villa se unió a los zapatistas en la Convención de Aguascalientes (1914), aunque en seguida se pondrían en evidencia las diferencias de ambas corrientes agraristas. Tras la contraofensiva de Carranza, Pancho Villa sufriría una serie de derrotas que acabarían impulsándole a deponer las armas (Convención de Sabinas, 1920).

Pancho Villa, que cayó victima de un atentado a manos de Jesús Salas Trujillo, pertenece ya a la galería de personajes populares de la revolución mexicana.

La dictadura de Victoriano Huerta

La subida al poder del general Huerta fue recibida con alborozo y elogios por los grupos conservadores: pero su régimen no fue un calco del de Porfirio Díaz.

La camarilla financiera que rodeaba a Díaz fue militar en el caso de Huerta, con algunos políticos porfiristas. Este contó, en principio, con los partidarios de Félix Díaz, a los que hizo abandonar el gobierno, y a él le envió de embajador extraordinario al Japón, cuando no respetó el compromiso de convocar elecciones para que Díaz accediese a la presidencia.

El regreso a la situación imperante antes de la revolución maderista no fue difícil. Madero no había llevado a cabo ninguna transformación social profunda en la tenencia de la tierra y sólo en lo tocante a las libertades públicas se había producido una ruptura con el porfirismo.

Huerta suprimió la libertad de prensa, asesinó a los revolucionarios más significados, como Abraham González, y, aunque comenzó tolerando el movimiento obrero organizado en la Casa del Obrero Mundial, de ideología anarcosindicalista, lo declaró ilegal en 1914.

La oposición del Congreso al régimen hizo que fuera disuelta la Cámara, detenidos 84 diputados y convocadas nuevas elecciones, con una abstención muy marcada y un notable fraude en el recuento. De este modo, Huerta fue elegido, aunque desde fines de 1913 tenía que enfrentarse a una insurrección que dominaba la mitad del país.

Los centros principales eran las zonas que desempeñaron el mismo papel en la revolución maderista: en los estados norteños de Chihuahua, Coahuila, Sonora,

Tamautipas y Sinaloa operaban las fuerzas de Venustiano Carranza y Francisco Villa, y, en la región de Morelos, Emiliano Zapata dirigía su ejército del Sur.

Se enfrentaba el Gobierno a una situación de guerra civil enormemente costosa, sin disponer de recursos monetarios para ello, ya que las levas habían privado a la economía de fuerza de trabajo y la guerra había dejado en manos del enemigo zonas económicas importantes. E) país se había militarizado, pero era necesaria una base financiera.



Tropas federales en la campaña contra los zapatistas en Morelos.

La primera medida adoptada, no sólo por el gobierno, sino por las facciones rivales, fue la de emitir papel moneda sin respaldo para ello. Los billetes se depreciaban apenas salían a la calle, creando un caos financiero y monetario. Los alimentos y productos de primera necesidad escaseaban y en las grandes ciudades crecía el mercado negro.

La ruina económica se agravaba por la hostilidad del nuevo presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, hacia Huerta. A pesar de los requerimientos del embajador Wilson para que se reconociera al régimen, el presidente Wilson se negó a ello, argumentando razones morales y de respeto a los principios democráticos.

A medida que la lucha avanzaba, más claro resultaba al presidente Wilson la necesidad de derrocar al Gobierno de México, al que las compañías norteamericanas se negaban a pagar impuestos, alegando que no había sido reconocido por los Estados Unidos.

Las vías para llevar a cabo esta empresa eran dos: intervenir directamente o apoyar a los revolucionarios del Norte: Carranza y Villa. El apoyo se materializó en el embargo de armas con destino al gobierno, en el permiso a los rebeldes para aprovisionarse en territorio americano y en créditos a los revolucionarios.

Huerta, abandonado por los norteamericanos y rechazado por los británicos, se volvió hacia Alemania, que le prometió ayuda. Esto provocó la intervención directa, con el desembarco de 23.000 soldados americanos en Veracruz, que además de asegurar el control de la zona petrolera, privaba al gobierno del puerto de entrada del material alemán y de los recursos de las aduanas.

Sin aprovisionamiento de armas y municiones, Huerta quedaba en manos de sus enemigos, mientras Estados Unidos aceptaba la llamada mediación de ABC (Argentina, Brasil y Chile) para resolver el problema de la ocupación de Veracruz.

A mediados de julio de 1914, Huerta abandonaba el país y, un mes más tarde, el general constitucionalista Alvaro Obregón entraba en la capital. Comenzaba la lucha por el poder entre las facciones revolucionarias.

La lucha por el poder

El precario equilibrio obtenido en la lucha contra el enemigo común no pudo ser mantenido tras la derrota de éste. Varios movimientos se enfrentaban, entre los que destacaban los acaudillados por Emiliano Zapata, Venustiano Carranza y Pancho Villa.

El movimiento zapatista probablemente sea el más fácil de caracterizar, al ser el más homogéneo. Formado en su mayoría por campesinos libres (el 80 por 100 de la población del Estado), contaba en sus filas con peones de hacienda que se habían ido sumando a él.

Sus objetivos eran idénticos: la restitución de las tierras arrebatadas por los hacendados a las comunidades campesinas y la expropiación de parte de los latifundios.

Al tener como base regional el estado de Morelos, donde no había ni industria ni minería, había pocos obreros en sus filas, y tampoco clases medias, apéndices de los terratenientes en las sociedades campesinas tradicionales.

En la dirección del movimiento si apreciamos obreros, como Felipe Neri, y algunos intelectuales, como el maestro de escuela Otilio Montaño. El principal ideológico del movimiento era el abogado Antonio Díaz Soto y Gama, y el organizador, Gildardo Magaña, miembros ambos del Partido Liberal durante el porfiriato.

La fuerza del zapatismo radicaba en su unidad, su coherencia y su capacidad de supervivencia, manifestadas, respectivamente, en la ausencia de oposición, en la regularidad en el reparto de tierras y en su absoluto control del campo de Morelos.

Su debilidad se aprecia en sus estrechos intereses, exclusivamente agrarios, y en la inmovilidad de su ejército, perceptible en la dificultad con que se extendió el movimiento en los estados vecinos en 1913-15. Para una mentalidad campesina, carecía de interés lo que sucedía fuera de su propio terreno.

Por otra parte, fuera de él eran muy poco efectivos, ya que si bien podían resistir los ataques en su territorio, no eran capaces de llevar una guerra ofensiva, por falta de medios y de dinero, obtenido en cierta medida mediante ataques a las haciendas o a las tropas enemigas.

Los ejércitos a los que dieron origen los movimientos revolucionarios del Norte diferían mucho de los del Sur. Estaban más cercanos a la profesionalidad, pues su base humana tenía menos arraigo; al no ser campesinos, sino jornaleros o mineros, se acercaban más al concepto de mercenario: permanecían leales si se les pagaba, lo que podían hacer sus jefes a través de impuestos a las compañías extranjeras y hacendados o vendiendo algodón o ganado de contrabando en los Estados Unidos.

Carranza, su jefe, era un hacendado coahuilense, de ideas marcadamente conservadoras, aunque no vacilaba en prometer reformas sociales. Sus compañeros, los hombres de Sonora, Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Benjamin Hill, Adolfo de la Huerta, Salvador Alvarado, etcétera, tenían mayor sentido social. Hombres de temple más radical, habían hecho promesa de reforma agraria que no pensaban cumplir, junto a otras de carácter obrero, que si cumplían.



Madre e hija campesinos, de la obra de Siqueiros Caminantes.
Las tres revoluciones, por Diego Rivera.



Campamento zapatista, por F. Leal.

El movimiento cuenta con generales como Pablo González, de origen obrero: algunos tenían experiencia política de antes de la revolución. Los civiles que apoyaban a Carranza eran intelectuales, surgían del ala más radical del movimiento maderista. La ausencia de campesinos era casi total entre los generales carrancistas, aunque después de 1915 se le incorporan algunos como Domingo Arenas o Severiano Ceniceros (ex zapatista el primero, y ex villista el segundo).

La base social del carrancismo es la clase media: lo demuestra la elevada proporción de ésta en los cuadros dirigentes del movimiento y el sentido nacionalista con que se intenta ganar el apoyo de las masas, ya que, al no desear grandes cambios sociales ni restablecer la democracia parlamentaria, es el sentimiento nacionalista el único móvil capaz de captar las simpatías.

El movimiento villista es el segundo gran movimiento revolucionario del norte de México, oficialmente bajo la dirección de Carranza, aunque en la práctica dispusiera de una gran autonomía. Su base de operaciones era el estado de Chihuahua, diferenciándose del carrancismo en una mayor base popular, al no contar entre sus dirigentes con hacendados, como fue el caso en Coahuila o Sonora. La dirección del movimiento la asumió Francisco Villa, un antiguo bandido, dotado de ideas sociales muy avanzadas.

Los jefes de las tropas que se le unieron eran, o dirigentes agrarios significados durante el porfiriato, o bandidos como Tomás Urbina, o ferrocarrileros como el cruel

Rodolfo Fierro. Los intelectuales eran más escasos en el ejército de Villa que en el de Carranza, aunque algunos, como Silvestre Terrazas o Federico González, se preocuparon de dar al villismo contenido político.

Al extenderse el villismo a otros estados, se hace más conservadora su dirección, a diferencia de Carranza, al que sucede lo contrario. La incorporación de hombres como el general Felipe Ángeles, notable artillero, o el gobernador de Sonora, Maytorena, da un carácter más moderado al villismo.

Villa llevó a cabo una política de expropiación sin indemnización de las propiedades de la oligarquía mexicana y expulsó a muchos españoles de los estados controlados por él. Se distinguió radicalmente de Carranza en la cuestión agraria, y también de Zapata, pues en vez de distribuir, como éste, la tierra entre los campesinos, la dejaba bajo control del gobierno, para mantener con sus ingresos la revolución.

En una guerra ofensiva como la de Villa, el repartir bienes hubiera supuesto la pérdida de posibles soldados, que se hubieran afincado en sus parcelas. En la región chihuahuense, la hacienda predominante es la ganadera y resulta difícil distribuirla entre campesinos individuales, puesto que la gran extensión de tierra necesaria para el ganado no hubiera sido rentable parcelada

La reforma agraria la dejaba Villa para después de la guerra, cuando sus soldados pudieran regresar a sus pueblos.

Esta forma de proceder de Villa chocaba con la de su jefe, Carranza, provocando tensiones cada vez mayores entre ellos. Carranza era partidario de la devolución de las propiedades a sus dueños y de la administración de las haciendas hasta ese momento a cargo de las autoridades locales. Villa, sin embargo, prefería administrarlas directamente, pues con esos ingresos financiaba su ejército. Estas diferencias crearon gran resentimiento y desconfianza entre ambos caudillos que se convirtió pronto en guerra abierta.

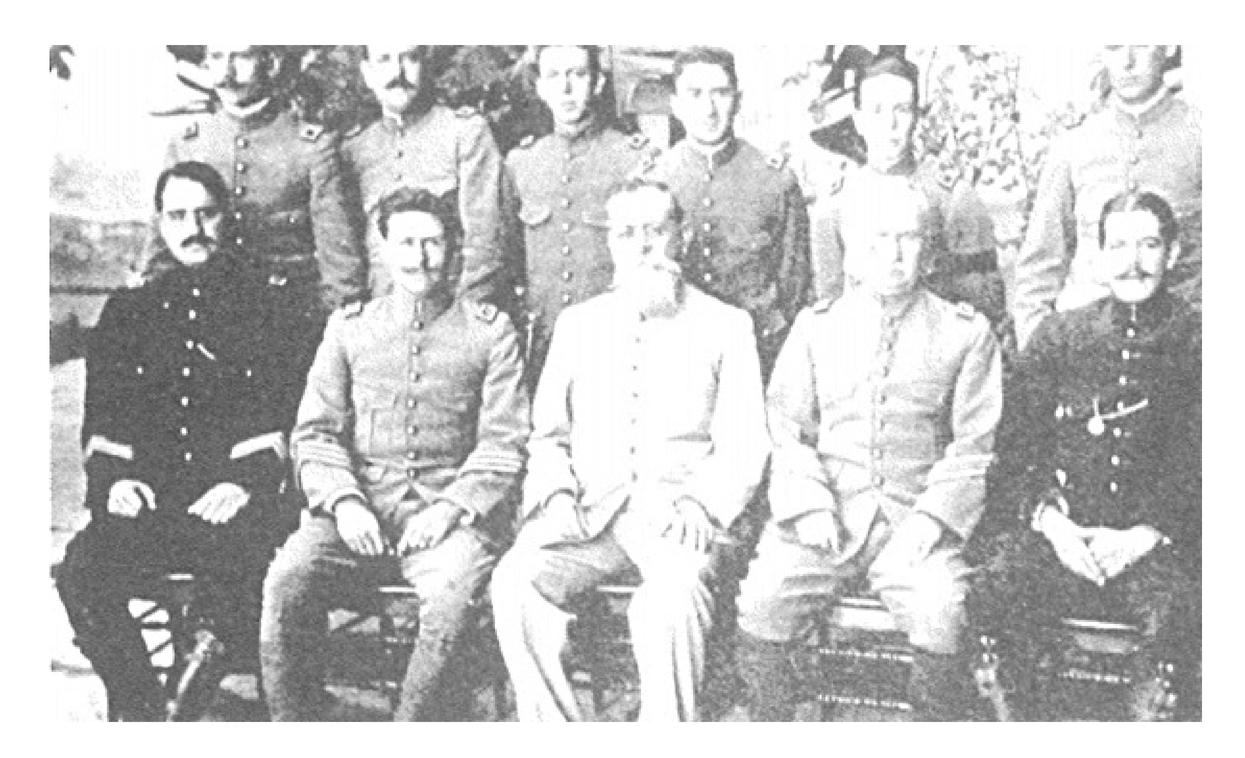
La Convención de Aguascalientes y la lucha de facciones

Tras la derrota de Huerta, los tres grandes grupos de la revolución se miraban con desconfianza. Los zapatistas veían en los carrancistas al enemigo tradicional: el hacendado blanco, y se aliaban con Villa, quien a su vez, como hemos visto, no estaba dispuesto a reconocer a Carranza como jefe supremo de la revolución.

El problema de la jefatura revolucionaria se iba a dirimir en una convención celebrada en la ciudad de Aguascalientes, en la que se hallaban representadas todas las facciones revolucionarias.

La asamblea nacía ya prácticamente muerta, pues chocó con la obstinación de Carranza y la hostilidad de Villa. Carranza se negó a aceptar las conclusiones de la asamblea, que eligió presidente a Eulalio Gutiérrez. Alvaro Obregón, que había jurado apoyar al nuevo presidente, cambió de idea y se sumó a él. Villa, por su parte,

tras un breve plazo de apoyo a Gutiérrez, pronto le dejó solo, consumándose el fracaso de la convención.



Venustiano Carranza y otros jefes constitucionalistas en 1913.

La guerra era la única salida y de enero a julio de 1915 enfrentó a Carranza, apoyado por el talento militar de Obregón, contra Villa y Zapata, aliados. Las batallas más importantes se dieron en el México central, entre Villa y Obregón, apoyado por los norteamericanos, que ya se habían decidido por los carrancistas.

Las batallas de Celaya y Aguascalientes dieron el triunfo y el control del México central a los partidarios de Carranza, pues Villa, falto de municiones y alejado de su zona tradicional de combate, no pudo resistir, y Zapata, sin apoyo, se retiró a Morelos, donde continuó haciendo guerra de guerrillas sin ser capturado, hasta que, traicionado en 1919, fue asesinado.

Pancho Villa recreó un ejército en Chihuahua, pero fue derrotado en Agua Prieta, al permitir los Estados Unidos que los carrancistas atravesaran el territorio norteamericano con tropas de refuerzo. A partir de este momento, su odio a los norteamericanos le llevó a asesinar a todos los que caían en su poder, incluso a atacar la ciudad norteamericana de Columbus, lo que motivó como respuesta la expedición punitiva del general Pershing en territorio mexicano.

A fines de 1915, el ejército de Villa se había convertido en una serie de grupos de bandidos que asolaron poblaciones durante más de cinco años, en una dura lucha por la supervivencia, como debió hacer Zapata en el Sur. Carranza era ya el dueño del poder.

Había llegado el momento de institucionalizar el régimen y legitimarlo a través de la convocatoria de un congreso que redactaría y aprobaría la nueva Constitución.

El fracaso de la Convención de Aguascalientes enseñó a Carranza a no dar participación en él a las facciones enemigas: ni huertistas ni villistas ni zapatistas estarían representados en él, sólo las tendencias del constitucionalismo. Tampoco estaría dominado, como la convención, por los militares, que sólo suponían un 30 por 100 de los congresistas, más de la mitad de los cuales eran universitarios y profesionales, jóvenes de clase media, a los que el porfiriato había cerrado el paso a la política.

La Constitución, inspirada en la liberal de 1857, consagraba la intervención del Estado en amplios sectores de la vida económica y social, y reflejaba el anticlericalismo de gran parte de los sectores medios que la redactaron.

La cuestión agraria se planteaba en el artículo 27 como restitución a los pueblos y comunidades de las tierras injustamente expropiadas por los hacendados, así como la dotación de ejidos a aquellos pueblos que no los tuvieran. En este sentido, el artículo es continuación de la política adoptada por Carranza, desde 1915, de restitución de tierras a los pueblos. Además, la propiedad privada se encontraba supeditada al interés público.

En la cuestión obrera se intentaba encontrar un equilibrio entre obreros y empresarios. El articulo 123 decretaba una jornada laboral de ocho horas durante seis días semanales, fijaba un salario mínimo y el principio de igual remuneración a igual trabajo, sin discriminación a causa de sexo o nacionalidad. Se daba a obreros y patronos el derecho a organizarse para defender sus intereses respectivos, el de la negociación colectiva y el derecho a la huelga.

La Constitución suponía el fin del *laissez faire* del liberalismo decimonónico, pero era más reformista que revolucionaria, como lo era también el grupo que la impulsó y llevó a cabo. Carranza la acogió con desconfianza, pero le resultaba imprescindible para pasar de primer jefe de la revolución, cargo que había ocupado durante cuatro años, a presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

Finaliza así la llamada etapa destructiva de la revolución mexicana. Aún seguían luchando los restos del zapatismo y del villismo, más por la supervivencia que por afán de triunfo. Las reformas sociales se ponían lentamente en práctica, siguiendo el vaivén de las presiones agrarias y obreras y de las necesidades de apoyo del nuevo régimen. Este, en buena medida, suponía un continuismo con el porfiriato, pero adaptado a los cambios producidos en la sociedad y en la economía.

La armonía entre los generales triunfadores estaba lejos de haberse conseguido, así como la transmisión pacífica del poder. La revuelta de 1920 y el asesinato de Carranza así lo demuestran. Había de transcurrir más de una década para que el régimen, institucionalizado y dotado del apoyo de las organizaciones obreras y campesinas, pudiera, sin sobresaltos y luchas por el poder, emprender la obra de reconstrucción económica, imprescindible tras estos años de destrucciones.

Cronología

1910 *Francisco Madero presenta el* Plan de San Luis, *que denuncia a la dictadura de Porfirio Díaz. El 20 de noviembre comienza el proceso revolucionario.*
1911 *El dictador marcha al exilio y Madero es elegido Presidente de la República.*
1912 *Levantamiento contrarrevolucionario en Veracruz. Zapata y Obregón se sitúan en contra de Madero. Plan de Ayala que preconiza la reforma agraria.*
1913 *Asesinato de Madero. Venustiano Carranza presenta el* Plan de Guadalupe*, para la Restauración Constitucional. Desembarco norteamericano en Veracruz.*
1914 *Alvaro de Obregón ocupa la Ciudad de México.* Convención de Aguascalientes *con el apoyo de Villa y Zapata. Desembarco norteamericano en Veracruz y caída del Presidente Huerta. Mediación de Argentina, Brasil y Chile.*
1915 *Triunfo de Carranza sobre las fuerzas de Villa y Zapata.*
1916 *Obregón consigue la derrota militar de Villa.*
1917 *Congreso Constituyente de Querétaro, para la reforma de la Constitución de 1857.*
1919 *Fracaso final y asesinato de Zapata. Conclusión de la insurrección de Villa.*
1920 *Revuelta en el estado de Sonora. Asesinato de Carranza. Tras la presidencia provisional de Adolfo de la Huerta, Obregón es elegido para la primera magistratura del país.*
1923 *Asesinato de Pancho Villa.*
1924 *Plutarco Elías Calles, elegido Presidente de la República.*
1926 *Inicios del movimiento* cristero, *de reacción religiosa contra el régimen.*
1928 *Elección de Obregón, que es asesinado. Portes Gil, Presidente provisional. Plutarco Elías Calles, nombrado* jefe máximo de la Revolución, *controla todos las resortes del poder. Creación del* Partido Nacional Revolucionario.
1929 *Presidencia de Pascual Ortiz Rubio, sucedido en 1932 por Abelardo Rodríguez.*

1934 *Inicio de la presidencia de Lázaro Cárdenas para un mandato de seis años. Fuerte impulso a la reforma agraria y beneficios legales para la población obrera.*
1936 *Expulsión de Calles y fin de su influencia sobre los centros del poder.*
1938 *Creación del* Partido de la Revolución Mexicana. *Política de nacionalización de las compañías petrolíferas extranjeras. Reconciliación Estado-Iglesia.*
1939 *Llegada de los exiliados republicanos españoles.*
1940 *Fin de la presidencia de Cárdenas. Detención del proceso reformista.*
1945 *El partido único pasa a denominarse* Partido Revolucionario Institucional (PRI).



Mural de Chaves Morado alusivo a uno de los diversos episodios de la Revolución mexicana.

La revolución institucionalizada

Por Pedro A. Vives Azancot

Profesor de Historia de América Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

Durante los años veinte se fueron incorporando a la arena política los sectores medios de la sociedad nacional, que presentaron perentoriamente la exigencia de institucionalizar su dominio del sistema, y se comprobaron las dificultades para incorporar al campesinado al mismo pese a la claridad del mandato revolucionario acerca de la Reforma Agraria. Controlar la economía del país se mostró no menos dificultoso; y devolver a los mexicanos su petróleo y su minería comenzó a revelarse como un verdadero quebradero de cabeza.

El asesinato de Carranza en mayo de 1920 no había supuesto estancamiento alguno de la avalancha revolucionaria, porque el movimiento de *Agua Prieta*, con su consiguiente levantamiento militar que condujo a la presidencia al general Alvaro

Obregón, mantuvo encendida la llama de la lucha de facciones por tomar la capital y el sillón presidencial con ella. Pero con Obregón llegó a la capital el general Calles, y con ambos desembarcaron en los destinos de México de forma definitiva los *sonorenses*, que habían apoyado el movimiento de Agua Prieta, y entre los que abundaba una nueva generación epirrevolucionaria más integrada en las clases medias y en sectores profesionales que ligada a los viejos caudillos de la guerra.

Obregón y Calles, intérpretes políticos de los años veinte, plantearon urgentemente la necesidad de un sistema de transmisión del poder que no conmocionara periódicamente a México; se trataba al tiempo de establecer una posición hegemónica de su grupo frente a otros líderes revolucionarios y con ello lograr una institucionalización de la vida política que acabara con levantamientos militares como los de Huerta, Escobar, Serrano o Gómez, sufridos por ellos mismos.

La vía factible para limitar a los caudillos locales pareció ser la de integrar a campesinos y obreros en el sistema, hurtándolos de paso a las agitaciones provinciales, controlar a tales grupos desde arriba y sentar un patrón autoritario de ejercicio del poder que impidiera la oposición efectiva al Gobierno.

Las dificultades para perfilar un sistema así impidieron al tándem Obregón-Calles propiciar el desarrollo económico quebrado desde la caída de Porfirio Díaz y las guerras revolucionarias. Hasta que en 1940 no se halló consolidado el sistema político que desarrollara la Revolución en sí, el esfuerzo económico apenas pudo ser abordado. Para que tal cosa fuese posible, Obregón y Calles, entre 1920 y 1934, pusieron en marcha una progresiva centralización del poder destinada sobre todo a provocar la decadencia de los jefes militares y los líderes locales.

Desencanto y crisis interna

Obregón basó su capacidad política omnipresente en su propia condición de líder militar supremo. Calles utilizó el apoyo del anterior en un principio y posteriormente tomó como trampolín a la nueva clase dominante, básicamente integrada por jóvenes procedentes de sectores medios. En gran medida tal fue el engranaje de transmisión entre dos concepciones de lo que había sido y habría de significar la Revolución mexicana.

La sucesión de Obregón en la presidencia puso a prueba el experimento: la designación de Calles a finales de 1923 levantó inmediatamente voces disconformes entre sectores civiles, el levantamiento al año siguiente del general Adolfo de la Huerta y la movilización estratégica de grupos obreros y agraristas en Veracruz y San Luis Potosí.

La victoria de Obregón sobre los disconformes acentuó el proceso de centralización efectiva antes de que Calles se hiciera cargo del poder en diciembre de 1924. Se aceleró también la integración de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) y la búsqueda de una mayor presencia del Estado en las esferas

económicas, por medio del Banco de México, del Banco Nacional de Crédito Agrícola y Ganadero y el estímulo a la construcción de nuevos caminos, canales y obras de mejora en la infraestructura.

Desde 1926, Calles desembocó en el enfrentamiento directo con la Iglesia católica, larvadamente gestado desde 1917, que le colocó frente a la *guerra cristera* que, con escenarios rurales y directrices urbanas, sólo vio fin en 1929, merced a las gestiones del entonces presidente provisional Emilio Portes Gil. Entretanto, Alvaro Obregón preparó el camino y las reformas constitucionales necesarias para volver a la presidencia en 1928.

Las protestas por tan forzada maniobra no fueron mal vistas por el propio presidente Calles, así como por los delfines epirrevolucionarios. En junio de 1928 la reelección fue una realidad; pero un mes después Obregón cayó asesinado por un *fanático católico*, lo que impuso la presidencia provisional —y providencial— de Portes Gil.

La reelección, la guerra cristera, la indefinición económica, generaron entre 1928 y 1929 un clima creciente de desencanto bien representado por la candidatura a la presidencia de José Vasconcelos, que tendría a poco que exiliarse del país. Ante esa situación, Calles —con el fin confesado de resolver el vacío dejado por Obregón— anunció en el año 28 la creación del *Partido Nacional Revolucionario*.

Se trataba más bien de acabar con los conflictos entre grupos políticos de la Revolución, con la etapa caudillista y con las convulsiones generadas por la sucesión presidencial: también se buscaba encauzar el fortalecimiento de los obregonistas tras el asesinato de su líder y la dura pugna entre éstos y los claramente *callistas*. Con todo, en las elecciones de 1929 no faltaron las fracturas internas ni la correspondiente sublevación militar —del general Escobar en Hermosillo—, que cuestionaran la viabilidad de los proyectos presidenciales.



Campesinos mexicanos (grabado de A. Beltrán).

Precisamente la sofocación de la asonada de Hermosillo facilitó a Calles consolidar la tendencia centralizadora utilizando para ello al PNR y proclamando a la vez el fin del caudillismo. Y como había acabado con los tales caudillos, se dejó nombrar a sí mismo *jefe máximo de la Revolución*, tal vez a modo de síntesis histórica del asunto.

El *maximato* venía a culminar una etapa en la que la multiplicidad de jefes y lideres aupados por la Revolución estuvo a punto de frustrar el desarrollo político de la misma. Obregón, desde 1920, había tenido que repartir un parco botín heredado entre un número crecido de alianzas inevitables: había sido el precio para poder organizar mínimamente el Ejército y el aparato estatal, también para intentar reorganizar la economía mexicana a base de aceptar inversiones extranjeras y pactar con la CROM, como únicas vías para estimular la producción. A poco, algunas alianzas tuvieron que ser desbaratadas con medios expeditivos que fueron de la corrupción al exilio, pasando por el asesinato, según las aspiraciones de cada oponente y su fuerza política efectiva.

Como su maestro, Calles también tuvo que aceptar tal sistema de dominio político, consolidando de esa forma una estructura de élite vinculada al Gobierno central necesitada de absorber o aliarse con élites cualificadas, así como de desarticular a cualquier precio a las élites armadas que desde cualquier rincón del país amenazaran con rebelarse.

El problema de la sucesión presidencial y el consiguiente cambio de grupo de presión instalado en el aparato estatal parecía resolverse dejando en *herencia* al presidente entrante un grupo de fieles a su predecesor.

Así se procuraba consolidar las alianzas anteriormente establecidas antes de que se produjese la inevitable *limpieza* en cuanto los nuevos inquilinos se afirmaran en

sus resortes.

El sistema evidentemente se consolidó con el *maximato*, aunque Calles no lograra disfrutar de él por culpa de tanto joven díscolo como Cárdenas llevó al palacio presidencial: la generación de 1915.


Entrevista entre Plutarco Elías Calles y el embajador norteamericano en México, 1927.

Lázaro Cárdenas y su generación

Una élite integrada por mexicanos y algunos foráneos, por no más de 300 nombres ilustres, según Luis González, nombrada como generación *epirrevolucionaria* o *agrarista*, pero también como generación de Lázaro Cárdenas, acogió a un selecto grupo de políticos e intelectuales jóvenes nacidos entre 1891 y 1905 más o menos, que después del levantamiento de Agua Prieta se incorporó decididamente a la política nacional.

La mayoría de los de 1915 —como también se les conoce— vivieron la Revolución en las escuelas capitalistas y apenas la quinta parte se enroló en las acciones de guerra, siendo aún adolescentes, con la peculiaridad de que ninguno de ellos militó en las filas villistas. En 1916, Carranza convocó un congreso estudiantil que facilitó las primeras incorporaciones de aquellos jóvenes a las tareas políticas hacia 1917-18, pero sólo del 20 en adelante su desembarco fue definitivo.

Cárdenas fue, sin lugar a dudas, el personaje político por excelencia de los de 1915. Asesinado Carranza en mayo del 20, el presidente provisional Adolfo de la Huerta hizo al joven Cárdenas general brigadier y comandante militar de Michoacán —su Estado natal—, en premio por haber detenido al asesino del presidente muerto.

Tras sus primeras actuaciones políticas, siendo gobernador interino de Michoacán, Cárdenas cumplió destinos militares en Tehuantepec y nuevamente en el Bajío hasta mayo del 23. Combatió a los *delahuertistas* en Michoacán, fue herido y preso en un hospital de Guadalajara y repuesto en Colima al vencer los obregonistas. Ascendido a general de brigada y, enviado por el presidente Calles como jefe de operaciones de la Huasteca, con sede en Tampico, donde apuntó su vocación política hacia los desvalidos, fundó la primera escuela *Hijos del Ejército* y llevó a cabo los primeros repartos de tierras a campesinos.



Mural de José Clemente Orozco (izquierda). *Catedral de la Ciudad de México* (derecha).



Mural de Diego Rivera en el Palacio Nacional.

Aquellos años claves en la carrera política de Cárdenas, entre 1924 y 1927, encajan casi a la perfección con la tendencia de los epirrevolucionarios a distinguirse como *agraristas* frente a los viejos líderes y caudillos de la guerra. Empeñados en replantear la idea de México en todos los frentes, Vicente Lombardo Toledano abordó la labor de reordenamiento de los sindicatos a través de la CROM; Daniel Cosió Villegas, Jesús Silva Herzog, Luis Chávez Orozco, entre otros, iniciaron la búsqueda intelectual de las raíces nacionales que Samuel Ramos apuntó oportunamente en *El perfil del hombre y la cultura en México*. El pelado, el problema de la educación y el abandono de la cultura, la clase media y los burgueses de México se convirtieron en vía de análisis de la realidad.

Manuel Gómez Morín, otro de los del 15, deploró la tradicional improvisación mexicana hasta en su ejército, sus héroes, sus lecherías y sus temblores de tierra. Pero la muerte de Obregón, en 1928, permitió que Portes Gil diera acceso final a los *cachorros de la revolución*: L. Montes de Oca, Marte R. Gómez, Ezequiel Padilla y José Aguilar Maya entraron en el Gabinete del presidente provisional, cuando ninguno de ellos había alcanzado los treinta y nueve años. Lázaro Cárdenas, apoyado por Calles, se convirtió en gobernador de Michoacán.

Después de algunas maniobras a favor de la continuidad de Calles en la presidencia, de una poco exitosa campaña contra los cristeros y de combatir en el noroeste la sublevación de los generales Escobar y Marizo, Cárdenas se reintegró al Gobierno de Michoacán para entrar en la década del treinta con ánimos renovados de poner en marcha sus *experimentos* políticos.

Encontró su gran aliada en la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, a la que apoyó sin reservas; distribuyó tierras entre ejidatarios, peleó contra el capital extranjero para recuperar los recursos de su Estado natal, amplió y renovó la enseñanza, inició presas y caminos nuevos, contuvo en lo posible la obra reaccionaria del clero y combatió como pudo los focos perniciosos de bares y cervecerías fiel a los principios del grupo de Sonora.

Como correspondía a su generación, los 400 ejidos creados en Michoacán o la lucha contra los contratos leoninos de la *Michoacán Transportation Company* y las usurpaciones de las tierras de los indios desde tiempos del porfiriato, debieron ser para el gobernador Cárdenas la mínima respuesta al recuerdo de aquellos días en que al salir a sus trabajos doña Felicitas le despedía con un *Vente temprano, hijo; dicen que ya viene la Revolución…*

Los partidos y la nominación de Cárdenas (1933-1934)

Por lo hasta aquí reseñado, es fácil entender que Cárdenas tuvo sobradas ocasiones para adentrarse en los entresijos de los conflictos caudillistas, en el manejo de facciones, así como en el pensamiento político del *jefe máximo* que para 1929

hablaba pestes de caciques locales y jefes militares, mientras él mismo consolidaba la estructura de élite que reproducía a gran escala el sistema.

La constitución del 17 abogaba por una democracia liberal de corte occidentalista, cuyo esquema formal se había mostrado inviable en la práctica. Los más de mil partidos —casi todos locales— existentes en 1929 eran, sobre todo, instrumentos en manos de caudillos y líderes locales cuyas victorias políticas, sin embargo, debían menos a las urnas que a las simpatías del poder central. El proceso electoral en sí no había alcanzado importancia significativa para los miembros de la élite revolucionaria.

La lucha política era básicamente un enfrentamiento entre personalidades. Obregón había sido el gran gestor de esa situación desde 1916 cuando alentó a los agraristas de Portes Gil contra el Partido Liberal Constitucionalista que le hacía sombra; caído el PLC, Obregón apoyó a los Coperatistas para acortar los vuelos de sus aliados en maniobra previa.

El PNR, fundado por Calles en 1928-29, significó la muerte funcional del multipartidismo. Como coalición de sectores revolucionarios y confederación de los principales líderes y partidos adscritos a la Revolución, trataba de integrar también a las bases obreras y campesinas con un sistema de doble militancia: en el partido regional y en el nacional. La dirección de Calles en los primeros años se basó en la actuación arbitral en los conflictos entre el PNR y los gobiernos locales o el presidente mismo. Desde 1935, con la desaparición de don Plutarco, el presidente de la nación también lo fue, efectivamente, del partido, con lo que los conflictos prácticamente desaparecieron.

Pero en 1929 el PNR se destinó a satisfacer básicamente las necesidades del grupo en el poder. Se ponía énfasis en la conciliación nacional y el papel vital en ese sentido del Estado: se favorecía a ejidatarios y jornaleros en busca de su apoyo, al tiempo que los grandes empresarios agrícolas eran mimados por los gobernantes.

Los posibles movimientos de oposición de origen local o regionalista se controlaban bajo el epígrafe de *enemigos de la Revolución*, que facilitaba bastante los mensajes nacidos en la élite. Y las reglas democráticas arrojadas contra tales enemigos de un México nuevo en realidad acabaron por operar en sentido contrario, consolidando una situación estructural en que la élite rectora manejaba la lucha de clases como instrumento defensivo de sus posiciones.

En 1933, el *jefe máximo* se hallaba enfermo y tratando de reponerse en el norte, cuando Emilio Portes Gil —a quien Calles había querido eliminar de plano en 1929 — lanzó la candidatura presidencial del general Cárdenas. Contó para ello con los veracruzanos enfrentados a la política agraria del maximato, con el presidente de la República, don Abelardo Rodriguez, que esperaba consolidar así su posición en el partido, y con los generales Cedillo y Almazán, que en tiempos del presidente Ortiz Rubio habían formado el grupo más influyente junto al propio Cárdenas y a Amaro, este último ahora distanciado de la operación.

Al previsible disgusto de Calles por tan autónoma iniciativa, Cárdenas respondió primero con un estratégico mohín de desacuerdo dubitativo, para más adelante consultar al máximo la oportunidad de hacerse eco del *clamor* que le empujaba a aceptar la candidatura. A su vez, Calles propuso una terna de candidatos para dejar a salvo su imagen todopoderosa: Riva Palacio, colaborador cercano a su persona: Pérez Treviño, que era entonces presidente del PNR, y el propio Lázaro Cárdenas.

Los tres eran militares. No se llegó a conflicto ninguno, porque Riva Palacio y Pérez Treviño prefieren retirarse a tiempo de la lucha por la designación para poder pasar a controlar el partido antes de que Cárdenas ocupara el sillón presidencial.

Con todo, Calles no aflojó su cerco sobre los *cachorros* que, previsiblemente, acompañarían a Cárdenas en el Gobierno, tarde o temprano. A fines de 1934 —con Cárdenas ya elegido y Abelardo Rodríguez como presidente en funciones— el *máximo* removió nuevamente la cuestión religiosa a fin de que su papel de mediador nato le resultara imprescindible a la presidencia y poder colocar bien a sus peones antes del desembarco cardenista. Y es que los síntomas de tal desembarco se habían mostrado con claridad en el desarrollo de otra iniciativa callista destinada inicialmente a cortar las alas de Cárdenas de cara al futuro.

Una vez que Lázaro Cárdenas fue aceptado como inevitable sucesor en la presidencia, en mayo de 1933, Calles había propuesto la elaboración de un *plan sexenal*, básicamente como instrumento de control político del futuro gabinete de *cachorros*.

Las dos comisiones destinadas a confeccionar tal programa de partido presentaron ya una composición ligeramente vencida de) lado de los de 1915. La comisión técnica se integró con los secretarios de Hacienda, Economía, Educación y Comunicaciones, así como e) jefe del departamento de Trabajo. La comisión programática, sin embargo, contó con el propio Cárdenas, Riva Palacio. Gabino Vázquez, Ezequiel Padilla y Genaro Vázquez.

El resultado final del trabajo de las comisiones fue oportunamente retocado por algunos diputados del partido, sobre todo por el agrarista Graciano Sánchez y por Manilo Fabio Altamirano —que introdujo aportaciones en materia de educación muy próximas al ideario de la generación de Cárdenas.

Por fin, en diciembre del 33 la Convención del PNR, reunida en Querétaro, abordó el *plan sexenal* y acabó de introducir en él los puntos de vista más radicales no previstos por Calles en ningún momento, pero que eran resultado de la presión desde sectores campesinos descontentos y a los que se pedía su conformidad. En Querétaro el PNR hizo suyo el *plan sexenal* y Cárdenas estuvo totalmente de acuerdo en atenerse a él. El *plan* de Calles se puede decir que se había vuelto en su contra.

Las ideas para un sexenio

Los matices izquierdistas introducidos en el *plan sexenal* durante la Convención de Querétaro no impidieron que los de la generación agrarista se dividieran respecto al programa aprobado. La clase empresarial mexicana vio el *plan* muy distante de sus intereses, pero no se pronunciaron públicamente; los católicos, sin embargo, no se mordieron la lengua al anunciar el desastre nacional que aquella declaración de intenciones auguraba desde su punto de vista.

Era cierto que el *plan* salido de Querétaro hacía amplias concesiones a una fraseología de corte soviético en aquellos días, como también que mezclaban con generosidad principios liberales y antiliberales y que su fundamento estadístico era bastante sospechoso. Pero a pesar de sus contradicciones y su vaguedad genérica, se puede decir que expresaba con suficiente fidelidad el pensamiento político de los de 1915.


La política del buen vecino (por David Alfaro Siqueiros).

Antes que nada, el programa de Gobierno para e) sexenio del PNR planteaba la necesidad de un Estado interventor, promotor y controlador, basado en un régimen progresivo de economía dirigida y a la vez respetuoso con la empresa privada y sus iniciativas beneficiosas para la nación mexicana. Se comprometía también el partido en el poder a huir en lo posible de las tentaciones monopolísticas, así como a poner todo de su parte para recuperar los recursos nacionales del dominio de las empresas extranjeras y adornar todos los productos con el lema *hecho en México por mexicanos*.

La tierra se contemplaba no sólo como problema histórico, sino también como el principal desafío a la modernización del país, por lo que aportó al programa sus párrafos más radicales. De entrada se apostaba por una política firme de compartimentación de latifundios como base de un nuevo equilibrio social y una racionalización de la producción agraria. A ello se sumaba la necesidad de redistribuir geográficamente a los *rancheros*, promover las organizaciones campesinas y desarrollar la agricultura mediante la modernización de métodos de cultivo y herramientas, especialmente entre los ejidatarios beneficiarios por la reforma.

Las generalidades más ostensibles aparecían en los epígrafes del *plan* consagrado a la política obrera que asumiría el Gobierno. El PNR, como vago promotor del sindicalismo, vigilaría que durante los siguientes seis años se llevara a cabo una implantación nacional del salario mínimo y se generalizaran los contratos colectivos.

A modo de declaración *específica*, también el PNR se proclamaba decidido a impulsar la lucha de clases.

La política sanitaria aparecía como un campo de urgente actuación para el Estado; era prioritario aumentar el presupuesto destinado a la salud pública desde el 3 por 100 de entonces hasta un mínimo del 5,5 por 100, aplicando el esfuerzo muy especialmente fuera de la capital de la república. Se proponía atajar y prevenir decididamente el crecimiento de los sectores marginales en el país, del alcoholismo y la prostitución como origen de un lumpenproletariado que debilitaba a las masas mexicanas.

De paso convenía imponer una discreta censura a toda inmoralidad gratuita y a manifestaciones antipatrióticas. Y puestos a contener excesos, se hablaba de poner freno en lo posible al celo religioso que tantos dolores de cabeza proporcionaba.

La política educativa era posiblemente el apartado más desarrollado del *plan*. Se le destinaría al menos el 15 por 100 del presupuesto y se centraría en la consecución de una escuela laica *activa*. La educación estatal socialista que desarrollaba el artículo 3.º de la Constitución se hizo efectiva en julio de 1934, antes de que Cárdenas se hiciera cargo de la presidencia, como sucedió también con el *Código Agrario* y la puesta en marcha del Departamento Agrario.

Las ideas del *plan sexenal* encajaron con las de Cárdenas mucho más de lo deseado por el *máximo*. Siendo gobernador de Michoacán, Lázaro Cárdenas trabó amistad con un grupo de estudiantes con los que solía tomar café y platicar sobre lo humano y lo divino. El *grupo nicolaíta* —como se le conoció— parece que hizo pensar a Cárdenas acerca de algunos principios marxistas y le reafirmó en su inclinación hacia los desvalidos; con ellos incorporó a su ideario algunos principios generales que, si bien no lo transformaron en filósofo, tuvieron gran relevancia en su futuro político. Especialmente la sugerencia de reformar el artículo 3.º de la Constitución para aplicar un programa de *educación socialista* parece que surgió en aquellos debates entre el gobernador y los estudiantes.

Frente a la ausencia de bases características del PNR, Cárdenas encabezó pronto las tendencias populares por incorporarlas al partido en consonancia con corrientes radicales de la época que acabaron viéndolo como un buen candidato populista. No en vano su candidatura a la presidencia fue oficialmente propuesta por la Confederación Campesina Mexicana y apoyada por algunos grupos burocráticos y los generales más jóvenes en el marco de su generación del 15. Ello facilitó que, unida su personalidad al conjunto del *plan sexenal*, se presentara globalmente como alternativa de integración nacionalista.

La quiebra del callismo

El 10 de julio de 1934, Cárdenas y el PNR obtuvieron 2.268.567 votos, que barrieron al antirreeleccionista Villarreal (24.690 votos), al socialista Tejeda (15.764)

y al comunista Laborde (1.188). Quizá hubo fraude, como algunos reclamaron, pero el 30 de noviembre Cárdenas ocupó la presidencia.

Se encontró en ella con sólo dos aliados a la hora de gobernar, Portes Gil y Múgica, frente a una amplia *herencia* callista como mandaban los cánones. Garrido Canabal, ministro de Agricultura y *callista*, se había traído desde Tabasco a sus *camisas rojas* bien entrenados en perseguir católicos cuando hiciera falta, que fue en el mero diciembre del 34 para que nada faltase al nuevo presidente.

Comenzó 1935 con nuevas acciones de guerrilleros, protestas de grupos medios por la educación socialista recién estrenada y huelgas por todo el país. Lo que parecía requerir la intervención del *jefe máximo* con urgencia, Cárdenas acabó convirtiéndolo en su baza final para sacudirse cualquier yugo y colocar la cúspide del poder en plena institución presidencial, que era donde debía estar.



Homenaje de los exiliados españoles al ex presidente Cárdenas. México, 1957.

Las 1.200 huelgas que hubo de diciembre del 34 a junio del 35 interpretaron la lucha entre dos líderes sindicales: Morones (CROM) próximo a Cañes, y Lombardo Toledano (CGOCM)[*] apoyado por Cárdenas. El nuevo presidente no dudó en alentar la lucha obrera ni en intentar confederar a todas las organizaciones en un momento en que detrás de cada conflicto siempre acababa apareciendo un patrón extranjero.

Ante esa baza del cardenismo, Calles regresó en mayo del 35 desde Estados Unidos, donde se reponía de su enfermedad, para controlar al *Chamaco* mediante un acoso sin cuartel sobre Toledano y a cuenta de las huelgas salvajes, según proclamó en la prensa del 12 de junio.

El *máximo* recibió de inmediato el apoyo efusivo de *todo México*, esto es, de 99 diputados y 45 senadores, frente a los 44 y nueve, respectivamente, que silenciaban en favor del presidente. Cárdenas aceptó el reto contando con algunas movilizaciones obreras en su favor y la aquiescencia de comunistas y sindicalistas de izquierda, a los que previamente había tratado con deferencia.

Portes Gil y el general Cedillo ayudaron al presidente en la maniobra rápida por la que se enviaron emisarios a gobernadores y comandantes regionales para que

eligieran el bando sin dilación, a la vez que se sacaba imprevistamente de sus puestos claves a los callistas y se concentraba a los generales cardenistas en el DF.

La rápida maniobra de Cárdenas hizo que *todo México* cambiara de opinión en un solo día. El 14 de junio el presidente exigió la dimisión de todo el Gabinete y acometió el apartamiento final de los callistas de las esferas de Gobierno. El propio Calles anunció su marcha al extranjero el día 18 y más tarde lo hizo también Garrido Canabal.

La Revolución institucionalizada

El intento de regresar a México en diciembre por parte del *ex máximo* sólo provocó alguna revuelta y que se le acusara de haber traficado con armas en Sonora precisamente en 1915. El maximato, la era de los caudillos y las banderías locales habían terminado en el primer año de Gobierno cardenista.

Tal vez entre 1935 y 1940 se asentó en México un sistema por el cual a un sexenio de gestos omnipotentes sucede la denigración de la imagen del predecesor, el acorralamiento de sus colaboradores más próximos y la proclamación de que ninguno de los viejos errores volverá a ser consentido, todo ello como rito imprescindible para esperar otros seis años empezar de nuevo. Pero lo que con seguridad sucedió entonces fue la llegada de una nueva élite política al poder distanciada ideológicamente de los años violentos de la revolución, pero convencida de que las ideas vertidas a la arena nacional entre 1910 y 1917 pertenecían a México y era útil desarrollarlas desde un Estado fuerte.

El Estado promotor de Cárdenas estuvo siempre algo por delante de las diversas fuerzas político-económicas del país, en parte por la debilidad intrínseca de cada una de esas fuerzas y en parte también porque el Estado fue esencialmente dinamizador. La adopción de grandes medidas políticas y económicas fue posible porque el Estado contó con un plan global de objetivos nacionales y porque estuvo decidido a intervenir en el conjunto de las relaciones de producción. La integración de clases y grupos de presión en los intereses nacionales se hizo posible mediante la concepción de un sistema político amplio que era encabezado por el aparato estatal y pasaba por el partido de la Revolución y los sindicatos.

El salto cualitativo llegó en marzo de 1938, en plena crisis del petróleo y cuando los tres antiguos aliados de Cárdenas —Portes Gil, Cedillo y Toledano— habían perdido fuerza para hacer sombra al presidente; se anunció entonces la reforma del PNR para ser *Partido de la Revolución Mexicana*, con base funcional y no geográfica como hasta entonces, y en el que obreros, campesinos, militares, funcionarios y demás *sectores* servían de arquitectura a su organización por medio de cuatro secretarias sectoriales.

El PRM hizo llegar su espíritu también a las poderosas cámaras de industria y comercio (CONCAMIN y CONCANACO) y ligaba definitivamente el liderazgo

político nacional a la presidencia de la República, garantizando de paso la renovación periódica del personal político en sus niveles medio y bajo. Podía decirse que los resultados sociales de veinte años de desarrollo revolucionario pasaban a instrumentar de manera peculiar el Estado mexicano, a partir de los símbolos y problemas surgidos de los siete años de Revolución en sí.

Pero el PRM hubiera sido inviable sin el despegue auspiciado por el Gobierno cardenista desde años atrás. Cuestión agraria y petróleo como símbolos máximos de la relación entre Estado y economía fueron abordados por Lázaro Cárdenas con decisión, sabiendo el potencial conflictivo que existía en el campesinado, en los trabajadores del petróleo, en el desafío al capital extranjero y en el compromiso de la soberanía nacional.

La Reforma Agraria fue el problema más importante heredado por Cárdenas. Sus convicciones más antiguas, su idea de integración nacional y el *plan sexenal* del 33 le sirvieron, sin embargo, para acometer el mayor reparto de tierras efectuado hasta entonces en México. Sus principales instrumentos fueron el *Código Agrario*, el *Banco Nacional de Crédito Ejidal* fundado en 1938 y el *Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización*.

Las regiones con más conflictos sociales latentes y patentes, como La Laguna, Michoacán y Yucatán, fueron las más afectadas por expropiaciones, procurando eludir las movilizaciones de propietarios y las lesiones a intereses extranjeros mediante la apelación a la estabilidad social y la soberanía mexicana primero y el acuerdo con Estados Unidos sobre indemnizaciones desde 1938. En síntesis, puede hablarse de dos etapas políticas de la Reforma Agraria integradas por el reparto de tierras la primera y por la organización de la producción agrícola la segunda.

Las metas que parecían alcanzadas al final del sexenio cardenista gracias a la política agraria eran la ampliación del mercado interno y la incorporación de los sectores campesinos al consumo de bienes manufacturados: también fueron positivos los resultados obtenidos en la producción alimentaria para consumo interno y la de materias primas exportables, que, a su vez, sirvieron para impulsar las industrias mexicanas de transformación y acelerar la formación de capital, que en poco tiempo empezaría a repercutir en otros sectores.

A cambio de créditos accesibles, nuevos caminos, tierras repartidas, programas de riego y de organización de cultivos, a los campesinos se les pidió el apoyo al programa del Gobierno y que cumplieran un nuevo papel de guardianes del orden y la concordia. Evidentemente la respuesta generalmente positiva del campesinado hizo posible que la Reforma Agraria se convirtiera en la base del desarrollo económico nacionalista, puesto en marcha por Lázaro Cárdenas.

La cuestión del petróleo tuvo como trasfondo inevitable el clima de guerra en Occidente, que jugó a favor de la política cardenista. En la medida en que Cárdenas era más enemigo de los capitalistas insolidarios con la modernización de México que partidario de las nacionalizaciones, el punto de partida de su política respecto al

petróleo estuvo centrado en un principio en los efectos sociolaborales de las prácticas de las compañías extranjeras. Minería y petróleo en México se hallaban controlados por la *American Metal*, la *Anaconda*, la *American Smelting and Refining* y, sobre todo, por *Shell* y *Standard Oil*, que controlaban —las dos solas— el 70 por 100 del sector.

Entre 1935 y marzo de 1938 la lucha de los trabajadores petroleros fue alentada por el propio presidente ante la falta de respuesta de las compañías. Después de que el 1 de marzo del 38 el Tribunal Supremo desestimara el recurso de la compañía contra las decisiones federales a favor de los trabajadores, el anuncio de una nueva huelga para el 18 acabó coincidiendo con la declaración de expropiación por parte del Gobierno.

Inglaterra rompió relaciones con México y organizó con Estados Unidos y Francia un boicot al petróleo mexicano: Cárdenas hizo gala de su capacidad de maniobra al contactar —no sin manifiesta repugnancia— con Alemania e Italia a modo de alternativa arriesgada, pero útil a la postre: Roosevelt proclamó su amistad personal con el presidente mexicano y apeló a una solución rápida de la crisis. La guerra mundial se encargaría luego de consolidar a Pemex como abastecedor de los aliados, superando incluso el peligro existente en 1938 de sucumbir ante la competencia de los petróleos venezolanos más rentables. Se reemprendieron las prospecciones y la producción mexicana aumentó en poco tiempo, convirtiéndose en otro sector clave a la hora de dinamizar la economía nacional.

Con la nacionalización de los petróleos, Cárdenas logró de paso acabar para siempre con el problema religioso levantado por Calles. Paralelamente a los últimos sucesos violentos contra iglesias y católicos en Veracruz, Michoacán, Tabasco y Chiapas, desde 1936 Cárdenas había iniciado la apertura de iglesias y había propiciado el acercamiento por medio de discursos conciliares. En 1938 se acabaron de abrir las iglesias en todos los Estados y, cuando la nacionalización petrolera, resultó que los curas fueron los primeros en apoyar al presidente y abrir cuestaciones para ayudar a pagar las indemnizaciones.

Para entonces la *educación socialista*, destinada a combatir el fanatismo según Cárdenas, había situado bastante bien las aspiraciones de grupos claves en la política nacional sin estorbar en la cuestión religiosa. Con un 16,5 por 100 del presupuesto alcanzado en 1940, la *educación socialista* permitió una escuela destinada a superar las diferencias de clase y raza, a alfabetizar y mexicanizar a la diversidad de pueblos del país y a acercar el Estado a las poblaciones rurales especialmente. La enseñanza secundaria y la universidad se plantearon como pilares de la modernización de México y de la fijación de sus problemas indigenistas y lingüísticos. En 1936 se fundaron el *Departamento de Asuntos Indígenas* y el *Instituto Indigenista*, y en 1938 el *Instituto Nacional de Antropología e Historia*. La cultura y la identidad mexicana, como habían deseado los de 1915, no volvería a improvisarse ni a desligarse de la realidad nacional.

La especial preocupación del presidente por los desvalidos, por los campesinos apartados de las ciudades, le valió ser llamado *Tata*, algo más que el presidente de la nación.

Bibliografía

Alonso, J., *La dialéctica clases-élites en México*, México, INAH, 1976. Alvear, G., *Lázaro Cárdenas. El hombre y el mito*, México, Jus, 1975. Benítez, F., *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1977-78. Cárdenas, L., *Ideario Político*, México, Era, 1972. Córdoba, A., *La ideología de la revolución mexicana*, México, 1974. Cumberland, Ch., *Madero y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1977. González, L. (coord.), *Historia de la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 1977-79. Mancisidor, J., *Historia de la revolución mexicana*, México, Costa-Amic, 1959. Meyer, J., *La revolución mexicana*, Barcelona, Dopesa, 1972. Meyer, L., *Historia General de México*, vol. II, México, El Colegio de México, 1981. Ulloa, B., *La revolución intervenida*, México, El Colegio de México, 1971. Womack, J., *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1969.

Notas

[*] Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM). <<